

Semillas

*“Sólo desnuda da sombra la flor.”
Roberto Juarroz*

I

Enciende el fuego
enciéndelo,
encendidos todos los fuegos
repártelo;
pero al fuego
de los fuegos,
protégelo.

II

Entrar a la noche
para desnudar a la flor;
con ambas manos
destejer los hilos de su cuerpo.
Y en el crepúsculo
renacer desde la sombra
ante la flor desnuda.

III

A cada paso que das en el mundo
arriesgas tu luz, pero no toda tu luz.
Aunque a veces cruzas los puentes
y haces equilibrio en los andamios,
sabes que acechan siempre las sombras.
A pesar de todo, das pasos en el mundo.

IV

Un hombre sostiene en sus manos
dos corazones
como si fueran pájaros
desafiando al viento;
ese hombre rastrea pulsaciones de luz,
tiembla sobre sus piernas,
se socava y nombra.

Canciona.

V

Una mujer cautiva a un hombre
y lo sostiene como si fuera una rama
lidiando contra el tiempo.
Esa mujer apaga incendios,
su beso es el paraíso.

VI

La distancia
entre ambos resplandece,
se cierra
para ocultar la sombra,
quiebran la luz:
una noche de amor puede ser infinita.



Diario de navegación

Hay jornadas en que el mar es infinito
y retornar a puerto es una hazaña.
El agua cubre todo; aleja la anhelada tierra.
Recuerdos e ilusiones: fuertes velámenes
izados en la tormenta buscando el viejo muelle.
Llega la noche agazapada y peligrosa;
en tanto, las estrellas traicionan su oportuna guía.
El viento inflexiona su tedio contra la borda solariega
y la inmensidad cae con alteraciones desconocidas.
Se hunde el oleaje en la playa, marcando la arena.
La *Medusa* (*Gorgona* semejante a lo que no se verá dos veces)
desciende con su cresta mortal: turba de tiempos y pesares
sobre los umbrales donde mora la criatura humana.
La ciudad perdura en una furia incomprensible,
el tajo de la espada nace y se propaga en la memoria.
Una euforia interna es la medida de la desdicha.
La mano sopesa la hora más dura, la dolida llaga del adiós.
Sólo el vuelo del albatros compensa tamaña soledad.
El *Capitán* vira, otra vez, hacia alta mar; a la deriva.
La luna corona la huida.

Cuadro de situación

Toda soledad refiere una herida abierta en el corazón.
Toda experiencia re-construye desde el hueco de la pérdida.

La tierra sostiene cada fruto que se agita ante el cielo,
sostiene cada una de sus formas pulsionales y tortuosas,
cada una de las ráfagas de ardiente vitalidad que la surcan.
También es el pérfido insecto que adormece la larga hora,
la que atenaza en conjunto los nervios y corroe su cordura
y va acicalándose con las dolencias, con la segada
esperanza.

Ahora las manos urden en la delicada tela amarillenta
buscando entender en ese pasado, denso y extenso
pretérito,
en ese terreno transitado por todos, bajo la luz raída y
mancillada,
el por qué de amargura de un alimento corrompido.

a Raúl Mansilla

Los adormecidos

En la noche,
después que ha caído la lluvia
—cuando aún las hojas están húmedas
se oyen pasos a ningún lado—
damos vueltas alrededor nuestro
y nos extraviamos.

En la noche,
donde todavía buscamos a tientas
—las gotas transparentes de la borrasca
trazan caminos—
intentamos, a duras penas, abandonar las sombras
que desconocemos.

En la noche
en que yiran los adormecidos
los vasos colapsan en su propio fondo.
Alguien baila en el universo:
rostro de luz y cuerpo de papel.

Hay manos que cierran el llanto.

Lascivas

I

En la penumbra
la mirada se extingue,
hace centro
en otro cuerpo contraído
y sudado;
la boca cae extasiada
en la furia de los ojos,
socava sin ver
en la luz de las manos.
Simientes en el propio ser,
que tiemblan, plenamente.

II

La ferocidad de la cópula
indaga sin saber,
avanza como animal herido
desde la opacidad del sueño,
rompe telas y laberintos,
abre puertas al universo;
se agazapa, grita, y después
el silencio es un canto.

III

Los dedos
se enrecen
como enredaderas
sedientas
al rozarse sus yemas,
al tocarse sus ansiedades;
ávidos y eróticos
estrujan la tela,
palpan la piel,
se acechan
impetuosos,
cautivos de la tentación.

Los dedos
hurgan el fuego
como si sobaran la vida.

IV

Los labios
hilvanados
repetían sus besos,
tejían como las arañas
su nido
de aliento transpirado.

Cuaderno de notas

El caminante
bebe del jarro de agua.
Sacia su sed.
La hoja en cada estación
se reseca y florece.

Bajo la luna
juego de los amantes.
Beso de fuego,
peligroso puñal
que exalta y, también, mata.

Blanco el espacio,
signos del día, de la noche.
¡Teje lenguaje!
Hollar la idea, alumbrarla,
un instante en la gloria.

Piedra de luz
cuando dos se han besado.
Arduo destino
donde siempre se desea
solaz. ¡Forja de sueños!

Fuerte la piedra,
polvo el pájaro herido.
La mano de hierro
hurga en el corazón
y halla un niño espantado

Pieles bruñidas
y la encendida sed.
Clama la poesía:
es la hora más gozada
emblema del relámpago.



Las ilustraciones fueron tomadas
de la sección Arte y Oficio, de la Revista TODO N° 24

Ediciones Desmesura
pablojavierrgil@yahoo.com.ar
N°122 - Año VIII - Marzo de 2020
San Carlos de Bariloche



POEMAS
SERGIO DE MATTEO

SELECCIÓN
GRACIELA CROS

ILUSTRACIONES
JOSÉ LUIS CHIRULO